



*José M<sup>a</sup> Gabriel y Galán*  
**CASTELLANAS**

Comentario [LT1]:

índice:

- El ama
  - Castellana
  - Lo inagotable
  - Cuentas del tío Mariano
  - Regreso
  - Ganadero
  - Puesta de sol
  - Mi montaraza
  - El poema del gañán
  - Presagio
  - Del viejo el consejo
  - Canción
  - Invitación
  - Surco arriba y surco abajo
  - A S.M. el rey
  - Brindis
  - De ronda
- =====

El ama

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda  
la dicha más perfecta,  
y para hacerla mía  
quise yo ser como mi padre era  
y busqué una mujer como mi madre  
entre las hijitas de mi hidalga tierra.  
Y fui como mi padre, y fue mi esposa  
viviente imagen de la madre muerta.  
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo  
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores  
la amante compañera,  
la patria idolatrada,  
la casa solariega,  
con la heredada historia,  
con la heredada hacienda.  
¡Qué buena era la esposa  
y qué feraz mi tierra!  
¡Qué alegre era mi casa  
y qué sana mi hacienda,  
y con qué solidez estaba unida  
la tradición de la honradez a ellas!

Una sencilla labradora, humilde,  
hija de oscura castellana aldea;  
una mujer trabajadora, honrada,  
cristiana, amable, cariñosa y seria,  
trocó mi casa en adorable idilio  
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza  
el penoso trajín de las faenas  
cuando hay amor en casa  
y con él mucho pan se amasa en ella  
para los pobres que a su sombra viven,  
para los pobres que por ella bregan!  
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,  
y cuánto por la casa se interesan,  
y cómo ellos la cuidan,  
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,  
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería  
giraba en torno de ella  
pacífica y amable,  
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo  
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regato cristalino  
cantaban las mozuelas,

y cantaba en los valles el vaquero,  
y cantaban los mozos en las tierras,  
y el aguador camino de la fuente,  
y el cabrerillo en la pelada cuesta...  
¡Y yo también cantaba,  
que ella y el campo hicieronme poeta!

Cantaba el equilibrio  
de aquel alma serena  
como los anchos cielos,  
como los campos de mi amada tierra;  
y cantaban también aquellos campos,  
los de las pardas onduladas cuestas,  
los de los mares de enceradas mieses,  
los de las mudas perspectivas serias,  
los de las castas soledades hondas,  
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba  
en la solemne clásica grandeza  
que llenaba los ámbitos abiertos  
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,  
qué tranquilo el paisaje, qué serena  
la atmósfera azulada se extendía  
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde  
meneaba, amorosa, la alameda,  
los zarzales floridos del cercado,  
los guindos de la vega,  
las mieses de la hoja,  
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,  
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina  
lloraba las tonadas de la tierra,  
cargadas de dulzuras,  
cargadas de monótonas tristezas,  
y dentro del sentido  
caían las cadencias,  
como doradas gotas  
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;  
puro y sereno el pensamiento era;  
sosegado el sentir, como las brisas;  
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,  
austeros los placeres,  
raigadas las creencias,  
sabroso el pan, reparador el sueño,  
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma  
tenía de ser buena,  
y cómo se llenaba de ternura

cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce  
que ya no vive ella;  
el corazón, la vida de la casa  
que alegraba el trajín de las tareas,  
la mano bienhechora  
que con las sales de enseñanzas buenas  
amasó tanto pan para los pobres  
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería  
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana  
con las dulces tonadas de la tierra  
que al paso perezoso de las yuntas  
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,  
mudos pasan el día en sus faenas,  
tristes y mudos vuelven  
y sin decirse una palabra cenan;  
que está el aire de casa  
cargado de tristeza,  
y palabras y ruidos importunan  
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,  
sin decimos por quién..., pero es por ella.  
Que aunque ya no su voz a orar nos llama,  
su recuerdo querido nos congrega,  
y nos pone el Rosario entre los dedos  
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!  
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan  
por encima del alma que está sola  
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan  
el pan que me alimenta;  
me cansa el movimiento,  
me pesan las faenas,  
la casa me entristece  
y he perdido el cariño de la hacienda.

¡Qué me importan los bienes  
si he perdido mi dulce compañera!

¡Qué compasión me tienen mis criados  
que ayer me vieron con el alma llena  
de alegrías sin fin que rebosaban  
y suyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,

que ha medido la hondura de mi pena,  
si llevo a su majada  
bajo los ojos y ni hablar quisiera;  
y dice al despedirme: «Ánimo, amo;  
«haiga» mucho valor y «haiga paciencia...»  
Y le tiembla la voz cuando lo dice,  
y se enjuga una lágrima sincera,  
que en la manga de la áspera zamarra  
temblando se le queda...

¡Me ahogan estas cosas,  
me matan de dolor estas escenas!

¡Qué me anime, pretende, y él no sabe  
que de su choza en la techumbre negra  
le he visto yo escondida  
la dulce gaita aquella  
que cargaba el sentido de dulzura  
y llenaba los aires de cadencias...!

¿Por qué ya no la toca?  
¿Por qué los campos su tañer no alegra?

Y el atrevido vaquerillo sano  
que amaba a una mozueta  
de aquellas que trajinan en la casa,  
¿por qué no ha vuelto a verla?

¿Por qué no cantan en los tranquilos valles?  
¿Por qué no silba con la misma fuerza?  
¿Por qué no quiere restallar la honda?  
¿Por qué está muda la habladora lengua,  
que el amo le contaba sus sentires  
cuando el amo le daba su licencia?

«¡El ama era una santa!...»,  
me dicen todos cuando me hablan de ella  
«¡Santa, santa!», me ha dicho  
el viejo señor cura de la aldea,  
aquel que le pedía  
las limosnas secretas  
que de tantos hogares ahuyentaban  
las hambres y los filos y las penas.

¡Por eso los mendigos  
que llegan a mi puerta  
llorando se descubren  
y un Padrenuestro por el «ama» rezan!

El velo del dolor me ha oscurecido  
la luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas  
en la visión serena  
de los espacios hondos,  
puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía,  
ni del alma en la médula me entra

la intensa melodía del silencio,  
que en la llanura quieta  
parece que descansa,  
parece que se acuesta.

Será puro el ambiente, como antes,  
y la atmósfera azul será serena,  
y la brisa amorosa  
moverá con sus alas la alameda,  
los zarzales floridos,  
los guindos de la vega,  
las mieses de la hoja,  
la copa verde de la encina vieja...

Y mugirán los tristes becerrillos,  
lamentando el destete, en la pradera;  
y la de alegres recentales dulces  
tropa gentil escalará la cuesta  
balando plañideros  
al pie de las dulcísimas ovejas;  
y cantará en el monte la abubilla,  
y en los aires la alondra mañanera  
seguirá derritiéndose en gorjeos,  
musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mundos  
seguirá su carrera  
monótona, inmutable,  
magnífica, serena...

Mas ¿qué me importa todo,  
si el vivir de los mundos no me alegra,  
ni el ambiente me baña en bienestares,  
ni las brisas a música me suenan,  
ni el cantar de los pájaros del monte  
estimula mi lengua,  
ni me mueve a ambición la perspectiva  
de la abundante próxima cosecha,  
ni el vigor de mis bueyes me envanece,  
ni el paso del caballo me recrea,  
ni me embriaga el olor de las majadas,  
ni con vértigos dulces me deleitan  
el perfume del heno que madura  
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme  
la dulce poesía en que se impregnan  
la llanura sin fin, toda quietudes,  
y el magnífico cielo, todo estrellas,  
y ya mover no pueden  
mi alma de poeta,  
ni las de mayo auroras nacarinas  
con húmedos vapores en las vegas,  
con cánticos de alondra y con efluvios  
de rociadas frescas,  
ni estos de otoño atardeceres dulces  
de manso resbalar, pura tristeza  
de la luz que se muere  
y el paisaje borroso que se queja...

ni las noches románticas de julio,  
magníficas, espléndidas,  
cargadas de silencios rumorosos  
y de sanos perfumes de las eras;  
noches para el amor, para la rumia  
de las grandes ideas,  
que a la cumbre al llegar de las alturas  
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma,  
que resbala sobre ella  
la dulce poesía de mis campos  
como el agua resbala por la piedra!

Vuestra paz era imagen de mi vida,  
¡oh campos de mi tierra!  
Pero la vida se me puso triste  
y su imagen de ahora ya no es esa:  
en mi casa, es el frío de mi alcoba,  
es el llanto vertido en sus tinieblas;  
en el campo, es el árido camino  
del barbecho sin fin que amarillea.

Pero yo ya sé hablar como mi madre  
y digo como ella,  
cuando la vida se le puso triste:  
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»

#### CASTELLANA

¿Por qué estás triste, mujer?  
¿Pues no te sé yo querer  
con un amor singular  
de aquellos que hacen llorar  
de doloroso placer?

Crees que mi amor es menor  
porque tan hondo se encierra,  
y es que ignoras que el amor  
de los hijos de esta tierra  
no sabe ser hablador.

¿No está tu gozo cumplido  
viendo desde esta colina  
un pueblo a tus pies tendido,  
un sol que ante ti declina  
y un hombre a tu amor rendido?

¿Te place la patria mía?  
No en sus hondas soledades  
busques con vana porfía  
la estrepitosa alegría  
de las doradas ciudades.

El campo que está a tus pies  
siempre es tan mudo, tan serio,  
tan grave, como hoy lo ves.

No es mi patria un cementerio,  
pero un templo sí lo es,

Busca en ella soledades,  
serenas melancolías,  
profundas tranquilidades,  
perennes monotonías  
y castizas realidades.

Si tú gozarlas supieras,  
ahora mismo depusieras  
tu adusto ceño sombrío.  
¿Qué de mi patria quisieras  
para alegrarte, bien mío?

¿Quieres que vaya a buscar  
cuarzos blancos al repecho,  
colorines al linar,  
nidos de alondra al barbecho  
y endrinas al espinar?

Para que tú te regales,  
no dejaré una con vida  
veloz liebre en los eriales,  
ni esquiva perdiz hundida  
del cerro en los matorrales,

ni conejillo bravío  
dormido bajo el carrasco,  
ni mirlo a orillas del río,  
ni sisón en el peñasco,  
ni alondras en el baldío.

¿Quieres que hiera en su vuelo  
a ese milano que el cielo  
raya con círculos anchos,  
y de sus garras los ganchos  
venga a clavar en el suelo,

y, atrás la cabeza echada,  
las plumas te enseñe y rice  
de la pechuga alterada,  
y ante tus pies agonice  
con la pupila espantada?

Si buscas flores sencillas,  
hay en el valle violetas,  
y gamarzas amarillas,  
y estrelladas tijeretas,  
y olorosas campanillas.

Si quieres, rosa temprana,  
ver los sudores y afanes  
que cuesta el pan de mañana,  
ven y verás mis gañanes  
trajinando en la besana.

O vamos a mis sembrados  
y allí verás emulados

de tus labios los carmines,  
que parecen amasados  
con pétalos de alvergines.

Verás mecerse, aireadas,  
del mar de la mies las olas,  
aquí y allá salpicadas  
de encendidas amapolas  
y de jaritas moradas.

Y mientras gozas del vago  
rumor de aquel ancho lago  
de móviles verdes tules,  
yo una corona te hago  
de clavelillos azules;

y con ella, nueva Ceres,  
reina serás, si tú quieres,  
de mis campos y labores,  
que reina de mis amores  
ya hace tiempo que lo eres.

¿Sientes ganas de llorar?  
También las sé yo sufrir  
cuando me pongo a pensar  
que Dios te puede llevar  
y hacerme sin ti vivir.

Mas... ¡vamos al prado un rato,  
que en él hay sombra de encinas,  
murmullos de viento grato  
y agua fresca de regato  
rebosante de pamplinas!

¿Quieres que de esa ladera  
te baje un haz de tomillo,  
o que salte a esa pradera  
y te traiga un manojillo  
de oliente hierba triguera?

¿Lloras? Pues si es de ternura,  
deja ese llanto correr,  
que es un riego de dulzura,  
hijo de la fresca hondura  
del manantial del placer.

Mas si lloras desconsuelos  
y torturas de los celos,  
¡vive Dios, que lloras mal!  
Testigos me son los cielos  
de que mi amor es leal.

Y si piensas que es menor  
porque tan hondo se encierra,  
recuerda que el hondo amor  
de los hijos de esta tierra  
no sabe ser hablador.

Alégrate, pues, mujer,

porque te sé yo querer  
con querer tan singular,  
que a veces me hace llorar  
de doloroso placer...

Lo inagotable

De rodillas delante de la fosa  
donde se pudre el mocetón garrido,  
la pobre vieja sin moverse pasa  
la tarde del domingo.

Una tarde otoñal, helada y muda,  
de cielo muy azul, campiña yerta,  
y un sol amarillento que se muere  
de frío y de tristeza.

Una vela amarilla que no alumbra,  
se quema, como el alma de la anciana,  
cuyos ojos decrepitos no lloran  
porque no tienen lágrimas.

Todas se las tragó la avara tierra  
de la tumba del hijo malogrado,  
a cuyos pies la hierba está escaldada  
con las sales del llanto.

Vagaba por los ámbitos vacíos  
del humilde y herboso cementerio,  
el aroma de muerte que despide  
la tierra de los muertos.

Volaban sobre el templo los cernícalos  
y rasaban el viejo campanario  
los bandos de veloces aviones  
que pasaban chillando.

Y de la plaza del lugar venían  
sones de tamboril y castañuelas,  
notas de gaita que al hablar de amores  
infundían tristeza.

¡Cómo bailaba la muchacha alegre  
para quien fue belleza vigorosa  
lo que era ya bajo viscosa hierba  
montón de carne rota!

Montón de carne rota que una madre  
tuvo un día pegado a sus entrañas,  
y espejado en las niñas de sus ojos  
y en el centro del alma.

Y ya está allí, deshecho en las tinieblas,  
el fuerte hastial de la feliz casita,  
el que ganaba el mendruguito blando  
que la anciana comía.

Una alondra del páramo vecino  
se posó en la pared del campo santo  
para beber el rayo agonizante  
del frío sol dorado,

y cantó una canción opaca y fría  
que ni siquiera le agitó el pecho  
que cien mañanas pareció romperse  
modulando gorjeos.

¡Sorda elegía que inspiró Natura  
junto a la tumba donde el mozo estaba,  
que tantas veces, cual la alondra aquella,  
le cantó la alborada!

Se hundieron en sus grietas los cernicalos,  
y en los huecos del viejo campanario,  
poco a poco los raudos aviones  
se metieron chillando.

Cayó el silencio sobre el pueblo humilde,  
murió la tarde y se marchó la alondra,  
y la vida le dijo a la ancianita  
que estaba ya muy sola.

¡Era preciso abandonar al hijo!  
Besó la tumba y apagó la vela,  
que derramó sobre la hierba húmeda  
dos lágrimas de cera.

¡Y dieron todavía otras dos lágrimas  
aquellos ojos que estrujó el dolor!  
Ni ignoradas ni estériles las dieron:  
¡las vimos Dios y yo!

#### Cuentas del tío Mariano

Araba el tío Mariano  
la húmeda tierra gredosa,  
y entre la bruma lluviosa  
del horizonte lejano,

con cierta noble ansiedad  
que a la amargura se junta,  
miraba, al volver la yunta,  
las torres de la ciudad.

Allí los amos estaban  
de aquel pedazo de llano,  
ya convertido en pantano  
por lluvias que no amainaban.

Y no pensaba el rentero  
que el amo estaba al abrigo  
del bofetón del hostigo  
y el frío del aguacero.

Aspiraciones más parcas  
tentaban al viejo charro  
mientras hundía en el barro  
sus bien calzadas abarcas.

Era un día de febrero  
revuelto, lluvioso y frío;  
cada camino era un río  
y un charco cada sendero.

Bajaban por las quebradas  
turbios regatos zumbando,  
que iban el hoyo inundando  
de hoscas aguas coloradas.

Y era el barbecho un fangal,  
y el prado un estanque era,  
y una charca la ribera,  
los valles un chapatal.

Arrebataba el solano  
las gotas del aguacero,  
que eran las puntas de acero  
de su látigo inhumano.

Iracundos los zagales  
bregaban con los corderos  
y los cabritos zagueros  
hundidos en los fangales.

Y el pobre tío Mariano,  
con la anguarina calada,  
bajo un brazo la agujada  
y en la mancera una mano,

arando estaba en tal día  
por no perder una huebra,  
donde *diz* que el viento quiebra  
cosa que él solo diría,

pues en aquella desnuda  
tierra llana sin abrigo  
le flagelaba el hostigo  
la cara con saña cruda.

Y así malamente araba  
y echaba el hombre sus cuentas,  
las cuentas de aquellas rentas  
que por las tierras pagaba.

Bien echadas las tenía,  
pero con mal resultado,  
y así, terco y porfiado,  
las iba haciendo aquel día;

«Las rastras ya no las miento;  
hogaño, si pinta el año,  
no será ningún extraño  
que me arrimase a las ciento.

Se ha *derramao* en sazón;  
la *desará* fue *mu* guapa,  
y si sigue *asín*, no escapa  
de haber buena *granición*.»

(Este cálculo lo hacía  
con las leves omisiones  
de langosta, inundaciones,  
de pedriscos y sequía...)

«¡Ahora, tanto *pa* calzar,  
tanto en vestir y en comer...  
(Y no hablaba de beber,  
porque era hablar... de la mar.)

«Tanto *pa* contribuciones,  
tanto *pa* renta y simiente...»  
Y así fue del remanente  
practicando sustracciones.

Y de las ciento supuestas  
sustrajo el tío Mariano  
tantas fanegas de grano,  
que al pasar de ciento éstas,

puso cara de ansiedad,  
dijo con pena, mirando  
y el cuerpo zarandeando,  
las torres de la ciudad:

«Si hogaño fuese allá un día  
y el amo bajar quisiera  
seis fanegas..., ¡*cualisquiera*,  
*cualisquiera* me tosía!...»

¡Señor del tío Mariano!  
si acude a ti, sé piadoso,  
que harás un hogar dichoso  
con seis fanegas de grano.

Regreso

I

Estuve en la ciudad. Vi la materia  
brillar resplandeciente,  
correr arrolladora,  
sonar dulce y rugiente  
y en la vida imperar como señora.  
Reina del mundo, la ciudad entera  
su esclava fiel, su adoradora era.  
Los sabios peroraban  
del aula en la trinchera,  
en defensa del ídolo que amaban;  
los coros de los hijos del Parnaso  
coplas sublimes en su honor cantaban,

obstruían el paso  
en plazas y jardines y museos  
las estatuas alzadas a la diosa,  
soberanos trofeos  
que falange de artistas victoriosa  
le rindió generosa  
del ingenio de artísticos torneos;  
y la gran muchedumbre  
de libres ciudadanos de rodillas,  
en hábito de eterna servidumbre  
que no le pagan sus eternos amos,  
entonaban su canto de costumbre:  
«¡Te adoramos, oh diosa, te adoramos!»

Estuve en la ciudad y vi los sabios.  
Fui dispuesto a escucharles de rodillas,  
sin que allí mis palabras de hombre rudo  
salieran de la cárcel de mis labios,  
que en ellos hizo la ignorancia un nudo.  
En su alas la fama vocinglera  
llevó dos o tres nombres  
al oscuro rincón de mi morada  
que augusto templo del silencio era,  
y una noble ambición que hay en los hombres  
me hizo salir de mi rincón querido,  
y a oír la voz que del saber es puerta  
fui con el alma abierta  
puesta debajo del abierto oído.  
A entender los misterios fui dispuesto  
de la vida y del mundo,  
la fuerte base del obrar modesto,  
la clave oscura del saber profundo,  
la oculta vía del vivir sin brillo,  
la esencia arcana del amor honesto,  
la regla simple del pensar sencillo...  
iba a aprender, sin tortuosos modos,  
la fórmula del bien, los soberanos  
conceptos graves del amor de hermanos  
que nacimos de Dios, padre de todos;  
y rasgadas las brumas que embarazan  
la alta visión con su tupido velo,  
iba a saber el punto en que se enlazan  
la senda de la vida y la del cielo.  
Y así como la abeja,  
libado el polen, de la flor se aleja  
y toma a elaborar el néctar puro  
de su colmena en el recinto oscuro,  
yo, conduciendo de placer henchido  
mi carga de saber, carga de oro,  
de los sabios tomada en el tesoro,  
a las dulzuras del rincón querido  
contento volvería  
a labrar con el polen adquirido  
miel de sabiduría...  
¡Oh fama vocinglera!  
¡Cuán fácil es el viento que te guía,  
y tu sonora voz, cuán embustera!  
La gran sabiduría nunca ha sido  
música del oído,

torrente de palabras que allí cae  
donde un hueco encontró, como el sonido,  
que el viento que lo lleva se lo trae.  
Ni es orgullo que ciega,  
ni es encono que grita,  
ni estéril voz que apasionada niega,  
ni desprecio del bien que al mal invita.  
Ni tampoco almacén abarrotado  
de innúmeras ideas  
que pueril vanidad ha amontonado  
para que tú, ¡oh adulator!, las veas,  
y tú, Fama veloz, vuelas y cantes,  
y tú, varón sencillo, oigas y creas,  
y os asombréis vosotros, ¡oh ignorantes!  
No, no; sabiduría,  
en la noche del mundo tan sombría,  
es estrella que alumbra,  
brazo amigo que guía,  
no relámpago breve que deslumbra  
ni mano malhechora que extravía.  
¡Oh tú, Fama embustera!  
No alborotes las plácidas mansiones  
donde quiere la vida ser sincera:  
¡tienes otras regiones  
donde suenan mejor tus huecos sones!  
No vuelvas a mi casa: está cerrada  
y en ella encarcelada  
tu enemiga mortal, la Verdad ruda,  
que no sale a la calle  
porque nadie la quiere ver desnuda.  
Y vosotros, ¡oh sabios!, cuyos nombres  
no saldrán de la cárcel de mis labios,  
una noble ambición que hay en los hombres  
me trajo a vuestro pies... ¡Adiós, oh sabios!

Estuve en la ciudad y vi la vida.  
Es ligera y hermosa,  
del modo que es hermosa y es ligera  
la ingrátida, la leve mariposa  
que nace, vive y muere en primavera.  
Y así como el insecto primoroso,  
visitador inquieto de las flores,  
más parece nutrirse de colores  
que de polen sabroso,  
la vida ciudadana  
de la flor del placer fiel cortesana,  
no se acercaba a ella  
con aguijón de abeja laboriosa,  
sino con frágil ala lujuriosa,  
de mariposa bella.  
¡Qué de prisa las horas sin regreso  
rodaban por encima de los seres!  
¡Qué nervioso el avance del progreso;  
qué fuertes los placeres;  
las fiestas, qué brillantes;  
qué hermosas las mujeres  
y los hombres, qué cultos, qué elegantes!  
Lo que sabe el varón adusto y grave  
que en el pobre lugar pasa por sabio,

cualquiera allí lo sabe;  
por eso es elocuente todo labio,  
porque los abre del saber la llave.  
Conocen allí todos  
los secretos del Arte y de la Ciencia;  
saben de varios modos  
faltar a la verdad con elocuencia;  
saben negar, audaces;  
saben reír, satíricos feroces;  
saben gustar, voraces,  
las mieles de las mieles de los goces,  
y saben ser flexibles, distinguidos,  
hablar con gran finura  
y obrar con gran descoco...  
¡Saben vivir unidos  
amándose muy poco!  
¡El saber, el saber! Ése era el lema,  
la aspiración suprema  
de la vida veloz que se vivía.  
¡Se estudiaba el amor como un problema!  
Y yo también quería  
ser un sabio de aquellos que admiraba,  
mas no lo quiso la fortuna mía.  
Ufano contemplaba  
montón de ideas mi cerebro hecho;  
pero, ¡ay!, se me olvidaba  
en qué lado del pecho  
mi corazón encadenado estaba.  
Sensible corazón que ahora palpita  
al fuego del amor que ya te quema:  
¿para qué pude yo necesitarte  
donde el cerebro fabricaba el Arte  
y estudiaba el amor como un problema?  
Yo pasaba los días presurosos,  
entre sabios famosos,  
y las noches pasaba entre poetas.  
¡Qué días tan ruidosos!  
Y las noches, ¡qué estériles, qué inquietas!  
Y después de vivir la fácil vida  
que una noble ambición, humana y santa,  
me pintó de grandezas toda henchida,  
ni ella me dio sabiduría tanta  
como a cualquiera le infundió Natura,  
ni a cantar aprendí con más dulzura  
que la que puso Dios en mi garganta.

## II

Pero ya estoy aquí, campos queridos,  
cuyos encantos olvidé por otros  
amasados con miel y con veneno.  
¡Pequé contra vosotros!  
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!  
Yo te conozco, solitario monte;  
te cantaré de nuevo, patria mía;  
beber quiero tu luz, ancho horizonte;  
gozar quiero tu paz, ¡oh mi alquería!  
Mis hijos inocentes

beben el agua de tus puras fuentes,  
nutren su cuerpo con el pan sabroso  
que produce tu suelo generoso,  
tuesta sus puras frentes  
la lumbre pura de tu sol caída,  
y me los hinchán de salud y vida  
los céfiros sedantes y serenos  
que vienen de tus grandes encinares,  
que vienen de tus mieses y tus henos,  
que vienen de tus ricos tomillares...  
Aquí no vive la materia inerte  
esa vida que presta el artificio,  
estéril disimulo de la muerte.  
Viven aquí las cosas  
porque en su entraña cada cual encierra  
la del vivir intimación divina  
que a ti te ha dado jugos, fértil tierra,  
y a ti te ha dado savia, vieja encina.  
Yo admiro la hermosura,  
la soberana esplendidez grandiosa  
que Augusta ostenta sobre sí Natura;  
pero ella es criatura,  
no puede ser mi diosa;  
y aunque canto postrado de rodillas,  
delante de sus grandes maravillas,  
que son del mundo hechizo,  
yo sólo adoro en ella  
la mano soberana que la hizo...  
¿Y quién no besaré la mano aquella  
que ha sabido crear cosa tan bella?

Hombres de mi alquería,  
custodios fieles de la hacienda mía:  
los que vais encorvados  
detrás de los arados  
desgarrando los senos de mis tierras;  
los que del hierro de la paz armados  
abatís la esperanza de mis sierras;  
los que andáis sin hogar, solos y errantes  
guardando mis ganados noche y día;  
los de mis montes fieles vigilantes;  
los de mi casa honrada compañía;  
los que colmáis de frutos diferentes  
mi casa, mis laneros,  
mis templados establos, mis graneros  
y mis anchos pajares bienolientes...  
Mayorales, gañanes y renteros,  
cabreros y pastores,  
colonos y yegüeros,  
guardas y aperadores,  
montaraces, zagales y vaqueros...  
¡todos los hijos del trabajo rudo  
que regáis con sudor la hacienda mía...,  
salid a recibirme! ¡Yo os saludo  
y os bendigo en la paz de la alquería!  
Vengo a anudar el hilo  
roto en mal hora del vivir tranquilo;  
a humillar, cual vosotros, la cabeza  
al yugo del trabajo cotidiano,

fuelle de la riqueza,  
padre providencial de la pobreza,  
sal del vivir humano.  
Que rueden por la mía,  
como ruedan también por vuestras frentes,  
las de honrado sudor gotas ardientes  
que cuesta el pan del día,  
y que sepan mis hijos inocentes,  
cuando puedan mirar hacia el pasado,  
que el pan sabroso que los ha nutrido  
era pan amasado  
con gotas de sudor por mí vertido.  
Desciendan por mi frente  
del sudor del trabajo los raudales  
y bañen mi pupila distraída,  
que esos son los cristales  
a través de los cuales  
debemos todos contemplar la vida.  
¡Hijos humildes del trabajo honrado!,  
yo la vuestra contemplo  
como el más alto ejemplo  
del vivir generoso y resignado;  
y vuelvo a vuestro lado,  
porque todo lo bueno que he aprendido  
vuestro grave vivir me lo ha enseñado.  
Yo traigo, en cambio, el corazón henchido  
de anhelos puros, de doctrinas buenas  
y de costumbres santas,  
y vengo hasta vosotros decidido  
a derramar el bien a manos llenas,  
porque el Dios que me dio riquezas tantas  
diome con ellas el mayor tesoro  
que recibí de su divina mano:  
¡un corazón de oro  
que de todos los hombres me hace hermano!

Y tú, vida serena  
de la blanca alquería,  
de artificios vacía  
y de vigores naturales llena...  
Tú, soledad amena,  
del encinar cargado de reposo,  
donde flota un ambiente religioso  
que de dulzor, ¡oh alma!, te enajena,  
y un bienestar sabroso  
que a ti, mortal escoria, te encadena  
al placer de un vivir tan deleitoso...  
Tú, feliz compañía  
de la fe, del amor y del trabajo,  
las tres que el alma mía  
virtudes altas a la vida trajo...

Tú, silencio elocuente  
que en el del campo bienhechor asilo  
hablas grave y severo,  
sabio maestro del pensar prudente,  
padre fecundo del amor tranquilo,  
fiel confidente del sentir austero...  
Y tú también, jugosa poesía,

de este rico soñar del alma mía,  
de este vivir en el hogar templado,  
de este cantar en la alameda oscura,  
de este dormir en el regazo amado  
de la conciencia pura  
que arrulla el sueño del varón honrado:  
¡dejadme respirar esta frescura  
de vuestro ambiente que a vivir convida,  
que yo quiero vivir y ésta es la vida!

Y vosotros, los anchos horizontes,  
los blancos caseríos,  
los valles y los montes,  
las fuentes y los ríos,  
los áridos y grises labrantíos...,  
la sombra de la encina,  
la música del aire dulce y queda,  
y el cantar de la honrada golondrina  
y el ruidoso hojear de la arboleda...  
El agua de la poza cristalina,  
las guindas de mi huerto delicioso,  
sus ricos toronjiles y albahacas,  
el pan de mis pastores, tan sabroso,  
la leche vadeante de mis vacas...,  
¡regalazme con goces repetidos,  
que os esperan, abiertos, mis sentidos!  
Yo daré cuanto tengo,  
que a derramar entre vosotros vengo  
pedazos de mi ser a manos llenas:  
para ti, mi sudor, hacienda mía;  
para ti, mis cantares, Patria hermosa;  
para vosotros, sangre de mis venas,  
hijos amantes y adorable esposa;  
para los hombres cuyas rudas manos  
colman mi casa de riquezas tantas,  
pan abundante con doctrinas santas  
y el nombre sabrosísimo de hermano;  
para el mal que a la lucha me provoca,  
los de luchar inacabables modos;  
para el Dios de la Cruz, mi fe de roca,  
y el amor de mi alma, para todos.  
¡Bendita, ¡oh Patria!, seas, que me has dado  
uno en tu seno bienhechor asilo  
para morirme en el vivir honrado  
que es el secreto de morir tranquilo!

Ganadero

Tiene un viejo caballote,  
de gigantesca armadura,  
buen correr, mala andadura,  
largo pienso y alto trote.

Tiene dos perros de presa  
de ancha boca bien dentada,  
por si una res empicada  
se desmanda en la dehesa.

Tiene dos galgos zancudos  
de ojos vivos como chispas,  
flacas cinturas de avispas  
y curvos dorsos huesudos:

dos destructores crueles  
de las liebres y los panes,  
pues corren como huracanes  
y comen... como lebreles.

Tiene... nada a lo moderno:  
perdiz en ancho jaulón,  
escopeta de pistón  
y polvorines de cuerno.

Y tiene tan larga capa,  
tan ancha capa de paño,  
que al caballote castaño  
nalgas y cuello le tapa.

Gran pensador de negocios,  
ladino en compras y ventas,  
serio y honrado en sus cuentas,  
grave y zumbón en sus ocios,

vividor como una oruga,  
su vida de siempre es esta:  
con las gallinas se acuesta,  
con las alondras madruga.

Clavado en la dura silla  
de su viejo caballote,  
se va a Extremadura al trote  
y al trote toma a Castilla;

y toma allá montaneras,  
y arrienda aquí espigaderos,  
y busca allá invernaderos,  
y goza aquí primaveras,

y viene y va con ganado,  
y vende, y vuelve a arrendar,  
y paga y vuelve a criar...  
y siempre está atareado.

Y entre tantos trajinares,  
aun puede al año unos días  
lucirse en las romerías  
de los rayanos lugares;

porque el intrépido charro  
juega tan bien a la calva,  
que no hay en tierra de Alba  
quien no respete su marro.

Ni hay labrador ni vaquero  
que de tan brava manera  
coja una manta torera

y eche a rodar un utrero.

Nadie como él ha lucido  
yeguas en las «cuatropeas»,  
y mantas en las capeas,  
y marros en el ejido,

rumbos, en las romerías,  
maña en los retajaderos,  
fuerzas en los herraderos,  
y enas tientas, valentías.

Pocas habrá tan certeras  
cual sus sagaces miradas  
para arrendar otoñadas  
y calcular montaneras,

pesar un novillo «a ojo»,  
vender oportunamente,  
saber observar prudente,  
saber mirar de reajo...

Mas, ¡ay, que todo declina!  
Ya no baila, ni capea,  
ya no lucha ni pulsea,  
ya va viejo, ya se arruina...

Ya con su grave figura  
y su aspecto, antes bizarro,  
sombras de aquel cuerpo charro  
que fue bronceína escultura...

¡Y no hay que hacerse ilusiones,  
porque al charro más valiente,  
se le arruga la frente...  
se le arrugan los calzones!...

Puesta de sol

Por un cielo mudo y frío,  
sin nubes y sin color,  
bajaba un sol moribundo,  
muerta sombra de aquel sol  
que las viejas primaveras  
templaba fecundador.  
Eran las tierras de ocaso  
desiertos que Dios creó  
para que el hombre se acuerde  
del Paraíso de Dios  
y muera con la nostalgia  
del que es infinito amor;  
y donde el cielo se unía,  
sin nubes y sin color,  
con una llanura muerta  
que el ruido nunca habitó,  
con lentitudes dolientes  
organizaba aquel sol.

Y no tuvo en su caída  
ni pueblo que la sintió,  
ni pájaro que cantara  
la vespertina canción,  
ni selva que se moviera,  
ni hombre que alzara su voz,  
ni torre que se pintara  
con el dorado arrebol,  
ni sedalino celaje  
que embebiera en su vellón  
la púrpura derretida  
del último resplandor.  
Entre desiertos desnudos  
la muerte le sorprendió,  
y al que muere en el desierto  
no le ve nunca el amor,  
ni nadie le presta oídos,  
ni nadie le dice adiós.

Así murió aquella tarde  
solo y quejándose el sol:  
¡Así se mueren los hombres  
que han vivido sin amor!

Mi montaraza

I

No hay bajo el cielo divino  
del campo salamanquino,  
moza como Ana María,  
ni más alegre alquería  
que Carrascal del Camino.

En Carrascal nació ella,  
y si antes no fuese bella  
su natal tierra bendita,  
fuéralo porque la habita  
la rosa de monte aquella.

No nace en tierra cristiana  
flor silvestre más lozana  
ni hormiga más vividora,  
ni moza más castellana,  
ni mujer más labradora.

Hermosa sin los amaños  
de enfermizas vanidades,  
tiene unos ojos castaños  
con un mirar sin engaños  
que infunde tranquilidades.

Sencilla para pensar,  
prudente para sentir,  
recatada para amar,  
discreta para callar,  
y honesta para decir;

robusta como una encina  
casera cual golondrina  
que en casa canta la paz,  
algo arisca y montesina  
como paloma torcaz;

agria como una manzana,  
roja como una cereza,  
fresca como una fontana,  
vierte efluvios de alma sana  
y olor de Naturaleza.

¿Qué extraño que los favores  
implore yo del Destino,  
si estoy enfermo de amores  
por la reina de las flores  
de Carrascal del Camino?

## II

¿Me quieres, Ana María?  
Yo me he soñado que sí;  
mas dudo que guarde impía  
la ingrata fortuna mía  
tesoro tal para mí;

pues de esos montes no lejos,  
hay otros montes ceñudos  
con montaraces ya viejos  
que tienen hijos talludos  
atentos a sus consejos.

Y sé que a esas alquerías  
van también ricos señores  
a celebrar cacerías,  
a dirigir sus labores  
y a ver sus ganaderías;

y a mí me causa terror  
que en ese rincón de paz  
den contigo, rica flor,  
el hijo de un montaraz  
o el hijo de un gran señor.

Felicidad que soñé,  
esposa que presentí,  
mujer que luego busqué  
y ángel que al cabo encontré  
deben de ser para mí.

Dile al hijo del señor  
de la vecina alquería  
que dice tu servidor  
que no nació Ana María  
para caprichos de amor;

que en las ciudades doradas

encontrará lindas flores  
más suyas por delicadas...  
¡Estas rosas coloradas  
no son para los señores!

Pero si en ello porfía,  
por ladrón de mi destino...,  
¡lo mato si pisa un día  
la raya de la alquería  
de Carrascal del Camino!

Y el hijo del montaraz  
de Castropardo el mayor,  
el que oye mucho mejor  
la voz de un viejo sagaz  
que el grito de un noble amor,

si busca montaracías  
que den en prados y montes  
excusas y regalías,  
llenos están de alquerías  
esos anchos horizontes;

pues solo el amante fino  
que ante el encanto se rinde  
de tu mirar peregrino  
merece pisar la linde  
de Carrascal del Camino.

¿Me quieres, Ana María?  
¿Me esperarás en la raya  
de tu divina alquería,  
cuando a la casa yo vaya  
que pretendo llamar mía?

¡Qué buen esposo me hicieras!  
¡Qué hogar tan feliz tuvieras,  
si de ese monte feraz  
tú la montaraza fueras  
y fuera yo el montaraz!

Sé por guardas y pastores  
que riges ya a maravilla  
la casa de tus mayores,  
donde, por buena y sencilla,  
te adoran tus servidores;

y yo me tengo jurado  
ser un amo tan honrado  
y un montaraz tan cabal  
como el mejor que ha pisado  
los montes de Carrascal.

¿No sabes, Ana María  
que yo he tenido parientes  
en una montaracía  
y sé lo que son sirvientes  
y sé lo que es la alquería?

Hogaño he mercado en Alba  
una yegua de Peñalba  
de rutilante mirar,  
tres años, negra, cuatralba,  
rica sangre y buen andar;

un precioso bruto fiero  
con nobleza de cordero,  
blondas crines y ancha nalga,  
músculos curvos de acero  
y enjutos remos de galga.

Y en este animal brioso,  
que nunca al trajín se rinde  
de su marchar vigoroso,  
vigilaré cuidadoso  
tus montes de linde a linde;

y ni en los montes vecinos  
han de quedar clandestinos  
y atreviduelos pastores,  
ni furtivos cazadores,  
ni leñadores dañinos.

Y corrigiendo criados,  
y amparando desgraciados,  
será nuestra casa un día  
vivienda de hombres honrados,  
colonia de la alegría.

¿Quién más dichoso ha de ser  
que el hombre que va a tener  
bellos campos que cuidar,  
sabroso pan que comer  
y esposa a quien adorar?

Deudos que enfermo me halláis,  
amigos que me estimáis,  
hombres que me conocéis,  
todos los que me queréis,  
todos los que me envidiáis,

¡pedid en justa porfía  
que me conceda el Destino  
la mano de Ana María  
y aquella montaracía  
de Carrascal del Camino!

El poema del gañán

I

Era el tiempo llegado  
de las puras mañanas otoñales,  
las que tienen un sol tibio y dorado  
que, de la hermosa vega enamorado,  
desgarra, para verla, los cendales

de flotante vapor que la han velado  
en las primeras horas matinales.  
Mañana con alondras y rocío,  
canturreos sonoros,  
silvar de tordos y zumbar de río,  
balar de ovejas y mugir de toros...  
Alegre despertar de los lugares,  
tañidos de campana,  
humo de los hogares,  
pura luz, tibio sol, dulce galbana...  
Vinieron otra vez los esplendentes  
serenos mediodías,  
las tardes impregnadas de dolientes  
dulces melancolías,  
las noches de los húmedos relentes,  
las misteriosas madrugadas frías...  
La tierra laborable,  
refrescada por lluvia saludable,  
iba tomando con el sol tempero,  
y al abrir el sencillo timonero  
de los húmedos senos el tesoro,  
tan frescos y amorosos se ofrecían,  
que ellos mismos pedían  
del puño sembrador la lluvia de oro.  
Erraban dos por el azul profundo  
jirones ambos de flotante nube,  
como las alas que perdió un querube  
que Dios ha puesto junto a mí en el mundo.  
El aire se dormía,  
extática la mente se quedaba,  
el ojo distraído ver creía  
que el suelo palpitaba  
a impulsos de la vida que lo henchía,  
y absorto en la visión, le parecía  
que la inmensa llanura respiraba.  
El alma vislumbraba  
los misterios profundos  
del eterno existir de los espacios  
y el perenne equilibrio de los mundos.  
Natura estaba henchida  
del gran silencio que en lo grande anida,  
y hundido en el abismo del reposo,  
barruntaba el sentido vigilante,  
el sereno rodar majestuoso  
de la Tierra gigante...  
La atmósfera era pura,  
grande como los mares la llanura,  
abierto el horizonte,  
llenos los cielos de infinita calma,  
llena de amores la quietud del monte,  
llena de fe la soledad del alma...  
Y el que suele rodar carro del tiempo  
con paso presuroso  
sobre la vida del mortal dichoso  
que tiene que gozarla apresurado,  
era allí tan piadoso,  
que acertaba su paso, antes ligero,  
y rodaba callado  
para hacer el placer más duradero,

para hacer el sentir más sosegado.  
Brotaban ya en las eras  
quitameriendas de matices rojos,  
criaban achicorias los rastros,  
se llenaban las lindes de acederas  
y los huertos de malvas y de hinojos.  
La grata algarabía  
de los bandos de tordos silbadores  
los prados alegraba en que caía;  
tábanos zumbadores  
por la atmósfera erraban placentera,  
holgaban los pastores,  
tomando el sol en la feraz ribera,  
y reía el regato en la hondonada,  
y apuntaba la grama en la pradera...  
Nuncios de la otoñada...  
¡Tiempos de sementera!  
¡Gran Dios: tan bellos días  
haces caer de tus hermosos cielos  
que hasta me obligan a olvidar mis duelos  
y es pecado olvidar lo que tú envías!

## II

Echa surcos derechos  
a mi ventana;  
labrador de mis padres  
serás mañana.  
(Cantar popular castellano.)

La postrer melodía  
sonó amorosa del cantar suave  
que vino de la vaga lejanía  
con blando ritmo de volar de ave.  
Rayaba el puro día;  
el rústico cantor, embebecido  
de su labor en la profunda calma,  
plegó sus labios y rumió el sentido  
de aquel cantar que le llegaba al alma.  
Era verdad lo que el cantar decía.  
En aquel lugarejo que dormía  
bajo la fronda espesa  
de la mansa alameda juguetona.  
Trabajo era honradez y Amor promesa;  
Trabajo era virtud y Amor corona.  
Y el gañán laborioso  
se deleitaba en el sentido hermoso  
del cantar de la moza castellana,  
que al elegir para mañana esposo  
buscaba labrador para mañana.  
Él también intuía  
que el trabajo es virtud, es armonía,  
es levadura del placer humano,  
frente del bien, secreto de la suerte,  
deber del hombre sano,  
honra del varón fuerte  
y vanidad de mozo castellano  
que el pan que come con la misma toma

con que lo gana diligente mano.  
Y meditando sobre aquel mañana  
del severo cantar de la aldeana,  
pensó en sus padres, de ternura lleno,  
pues sus frentes rugosas le decían  
las gotas de sudor que se vertían  
para dar a los hijos pan moreno.  
Y absorto, grave y mudo,  
vio grabado en el libro del Destino  
aquel cantar desnudo,  
primera estrofa del poema rudo  
de la vida del pobre campesino.

### III

De poco le servía  
labrar la tierra,  
como sus bendiciones  
Dios no le diera.

Así cantó el labriego  
con música de intensa melodía  
que en el sentido derramó ambrosía  
y en la conciencia derramó sosiego.  
Mediaba el puro día.  
La quietud de la atmósfera pesaba,  
la yunta se dormía,  
la brisa se paraba  
y las pardas alondras del camino  
se quedaban extáticas bebiendo  
las dulzuras del ritmo peregrino  
que del manso cantar iban fluyendo.  
Era el himno aldeano,  
salmo de agradecida criatura  
que a Dios concibe en la celeste altura  
dándonos pan con amorosa mano;  
severo canto llano  
que al rudo mozo le enseñó Natura  
para el culto del templo soberano  
de la vasta llanura,  
que aún es estrecha para altar cristiano.  
Y yo escuchaba embelesado y mudo  
la piadosa letrilla,  
decir sincero de la fe sencilla,  
hija de un pecho rudo  
donde nunca arañó, ruin y sañuda,  
la sama miserable de la duda.  
El hijo del trabajo,  
surco arriba marchando y surco abajo,  
buscaba en el trabajo solamente  
los pedazos de pan que el suelo encierra.  
porque siempre creyó cosa evidente  
que el sudor de la frente  
es el mejor abono de la tierra.  
Pero también creía  
que es la mano de Dios omnipotente  
quien a la tierra laborable envía  
el sol que la caldea,

la escarcha que la enfría,  
la brisa que la orea,  
la lluvia que la baña y sana...  
La mano soberana,  
fuente de vida de la raza humana;  
la mano de las grandes maravillas;  
la que encierra en minúsculas semillas  
gérmenes diminutos,  
misterio del amor encantadores  
de donde brotan las hermosas flores,  
de donde surgen los sabrosos frutos...  
Así se lo decía  
la firme y pura que adquirido había  
fe de granito en el hogar amado;  
y aquel cantar piadoso y sosegado  
que del alma escapó por la garganta  
fiel expresión de sus sentires era,  
porque el alma sincera  
lo que siente, y no más, es lo que canta.

#### IV

Dice la mi morena  
que cuando voy a arar  
se entristecen los campos  
y se alegra el lugar.

La labor terminaba. Atardecía,  
y la copla postrera,  
más rica que ninguna en armonía,  
más dulce en el caer, más plañidera,  
más empapada en la nostalgia austera  
que infunde el campo de la patria mía,  
voló por la llanura  
y en el alma cayó por el oído  
con cadencias de lánguida dulzura,  
con dejos de quejido  
y amorosos temblores de ternura.

Era el himno sereno  
del amor castellano,  
de prudente pudor, de calma lleno,  
como el alma del rústico aldeano:  
vibración de los gozos y las penas  
de las almas serenas,  
ante robusto de las almas rudas,  
hondo consuelo de las almas buenas,  
único idioma de las almas mudas...  
¡Señor, si tus enojos  
haces caer sobre miseria tanta  
como aflige a cualquiera de tus hijos,  
ponle llanto en los ojos,  
ponle abrojos debajo de la planta,  
ponle arrugas y canas en la frente;  
pero déjale voz en la garganta,  
porque bien sabes Tú, Dios providente,  
que no puede vivir el que no canta!  
Camino de la aldea,

que, oculta entre los álamos, humea,  
delante del muchacho distraído  
la yunta va marchando,  
el arado del yugo suspendido  
y el timón arrastrando.  
Lánguidamente declinaba el día;  
la brisa se hizo fría,  
la alondra se acostó, cantó el mochuelo,  
el murciélago errante  
culebreó con dislocado vuelo.  
Era verdad lo que el cantar decía.  
A medida que el mozo la dejaba,  
la llanura ¡qué triste se ponía!  
¡qué sola se quedaba!  
Todo en ella decía  
que él era el alma del terruño muerto,  
él era lengua del paisaje mudo,  
él la nota viviente del desierto,  
el sacerdote rudo  
de aquel templo desnudo,  
al culto grave del trabajo abierto.  
Y a medida que el campo se ponía  
como la copla del gañán decía,  
se alegraba el lugar con los rumores  
de la humilde legión de labradores  
que a la aldea volvía  
en busca del pedazo de cariño,  
la pobre cena en el hogar risueño,  
las caricias de un niño  
y unas horas dulcísimas de sueño.  
Cuando el mozo pasaba por la era,  
del lugarejo plácida vecina,  
le pidió una campana plañidera  
la oración vespertina,  
y él la rezó con la piedad sincera  
y algo inconsciente de la fe pristina.  
En el cielo amarillo del Poniente  
brilló una estrella rutilante y pura,  
y el mozo, indiferente,  
la bio cabrillear, fija en la altura;  
pero de aquella cristalina fuente  
que está junto al camino  
vio venir hacia él alegremente,  
como bando de alondras trinadoras,  
alborotado grupo peregrino  
de garridas muchachas habladoras.  
Y ojos que no cegaron  
con la luz del lucero vespertino,  
deslumbrados quedaron  
al fulgor de una estrella  
de la gentil constelación humana...  
Con las Rebecas del alma castellana  
que el mozo vio venir... ¡estaba «ella»!

Ése es un hijo de la patria mía:  
el que Natura para el Cielo cría,  
el que entero en la vida se derrama,  
porque a vivirla, generoso, viene,  
trabaja, reza y ama:

¡Dios no le pide más: da lo que tiene!

Presagio

I

¿Ves ese tronco, Agustina,  
que en el hogar se calcina  
y da a mis miembros calor?  
Pues es el de aquella encina  
del valle de Fuenmayor.

No mataron sus vigores  
ni el cuchillo de la helada  
ni el dogal de los calores,  
sino la mano pesada  
de los años destructores.

Allá, cuando Primavera  
verdes los campos ponía,  
y mi alegre pastoría,  
derramada en la ladera,  
desde el valle se veía,

viví como un rey en él  
de esa encinita a la sombra.  
¿Dónde hay tronco como aquel?  
Hierba y flores por alfombra,  
y amplias ramas por dosel.

Allí aprendí a meditar  
y sentí las embriagueces  
del alto y puro pensar,  
y por gozarlas cien veces  
por eso aprendí a cantar.

Y sonaron mis canciones  
a ruido de hojas de encina,  
arpa ruda cuyos sonos  
dieron al alma emociones  
y al estro voz peregrina.

En julio, el abrasador,  
cuando a la ruda labor  
iba con mis segadores  
a aquellos alrededores  
del valle de Fuenmayor,

esa vieja venerable,  
único asilo habitable  
de la abrasada llanura,  
me daba sombra agradable  
con hábitos de frescura.

Porque el que puso en el cielo  
un sol que calcina el llano,  
pone una sombra en el suelo,

como en el dolor humano  
pone de la fe el consuelo.

Y aquella encina frondosa  
que en las gayas estaciones  
me dio música amorosa,  
cuya dulzura sabrosa  
cayó sobre mis canciones,

diome después, en estío,  
fresco dosel protector,  
y ahora, que invierno sombrío  
me tiene yerto de frío,  
presta a mi cuerpo calor.

## II

Así fuiste tú, mujer.  
Me diste en las primaveras  
de aquel encantado ayer  
las poéticas primeras  
impresiones del querer.

Y así como la armonía  
que de la encina caía  
se derramó en mis canciones,  
tu amor en el alma mía  
vertió mundos de ilusiones.

Después, cuando me agobiaba  
la dolorosa fatiga  
de un vivir que ya se acaba,  
tú fuiste la sombra amiga  
donde el alma descansaba.

Y ahora, que ya está conmigo  
del alma el invierno helado,  
que es su postrer enemigo,  
viviendo estoy amparado  
de tu cariño al abrigo.

Yo tengo miedo, Agustina,  
que el tiempo que se avecina  
me busca amenazador...  
¡Ay, que ya murió la encina  
del valle de Fuenmayor!...

Del viejo, el consejo

Deja la charla, Consuelo,  
que una moza casadera  
no debe estar en la era  
si no está el sol en el cielo.

Tu hogar tendrás apagado,  
y al mozo que habla contigo

le está devorando el trigo  
la yunta que ha abandonado.

Mira que está oscureciendo,  
que en las riberas lejanas  
ya están cantando las ranas,  
ya están las aves durmiendo.

Que tocan a la oración,  
y hay gentes murmuradoras  
cuyos ojos a estas horas  
cristales de aumento son.

Y es que los oscureceres  
son unas horas menguadas  
que han hecho ya desgraciadas  
a muchas pobres mujeres.

Mira, muchacha, que ha sido  
la tarde muy bochornosa  
y va a ser fresca y hermosa  
la noche que ha producido.

Mira que son muy contadas  
las fuerzas de la memoria:  
mira que huelen a gloria  
las mieses amontonadas,

y está tu galán delante,  
y está tu hermanillo ausente,  
y está el amor en creciente  
y está la luna en menguante;

y a luz tan débil yo creo  
que sola a salir no atinas  
del laberinto de hacinas  
donde metida te veo.

Tal vez si el mozo me oyera  
pensara que esto es perfidia,  
creyera que tengo envidia,  
que tengo celos dijera,

pues con la venda de amor  
no viera que soy un viejo  
que solo con un consejo  
puedo acercarme a tu honor.

Vete, muchacha, y no quieras  
llorar prematuros gozos,  
que sé lo que son los mozos  
y sé lo que son las eras;

y en tales oscureceres  
pláticas tales de amores  
dicen los murmuradores  
que son de tales mujeres...

y tienen razón, Consuelo,

que una moza casadera  
no debe estar en la era  
si no está el sol en el cielo.

#### Canción

Aquí se siente a Dios. En el reposo  
de este dulce aislamiento  
un fecundo sentido religioso  
preside el pensamiento.

Derrámase por uno de dulzuras  
ambiente equilibrado,  
y en él cosecha las ideas puras  
de que está penetrado.

Y sereno después, las alas tiende  
y escala el firmamento,  
seguro como el pájaro que hiende  
su apropiado elemento.

Entonces toca el alma lo profundo  
del alto amor sin nombre  
y quisiera que un templo fuera el mundo  
y un sacerdote el hombre.

¡El mundo, el hombre! Tras el doble abismo,  
solo esto es luminoso:  
¡cuán feliz puede hacerse el hombre mismo,  
y al mundo, cuán hermoso!

Desde este solitario apartamiento  
del monte sosegado  
contemplo el armonioso movimiento  
de todo lo creado.

¡El trabajo es la ley! Todo se agita,  
todo prosigue el giro  
que le marca esa ley por Dios escrita,  
dondequiera que miro.

Aquel pardo milano vagabundo  
buscando va la presa,  
que le cuesta medir ese profundo  
vacío que atraviesa.

Riega el labriego la feraz besana  
con sudor de su frente,  
si rubio trigo le ha de dar mañana  
para nutrir su gente.

Quiere la golondrina nido blando  
para el amor sentido,  
y mis ojos fatiga acarreado  
pajuelas para el nido.

A los vientos la abeja se encadena

y la hormiga al sendero,  
para llenar aquella su colmena  
y estotra su granero.

La mansa yunta trabajosamente  
tira del tosco arado,  
y el pesado mastín va diligente  
detrás de su ganado.

¡Todo el trabajo se ligó fecundo!  
¿Y yo he de estar ocioso?  
¿Y yo he de ser estéril en un mundo  
nacido fructuoso?

¡Arriba, arriba! ¡El corazón al cielo  
y a la tierra los brazos!  
¡A la suerte del mundo unirme anhelo  
con más estrechos lazos!

¡La pluma, los cinceles, la manquera,  
la espada victoriosa!...  
¡Dadme lo que queráis, que abierta espera  
mi mano vigorosa!

Si sé cantar, te elevaré canciones,  
¡oh Patria infortunada!,  
que mil hay en tu amor inspiraciones  
para la lira airada.

Si es la piedra a mis manos obediente,  
venga el cincel a ellas,  
que el suelo patrio sembrará mi mente  
de creaciones bellas.

Si hace falta una mano y una vida  
dad a aquella una espada,  
y toma tú mi sangre, ¡oh dolorida  
Patria desventurada!

Y si mi suerte, pero ruda mano  
solo puede servirte  
para en los surcos enterrar el grano  
que de oro puede henchirte,

para en tus vegas derramar tus ríos,  
para abonar tus tierras,  
y coronar de montes tus baldíos  
y enriquecer tus sierras...

entonces no me arrojes al semblante  
deberes no cumplidos,  
porque yo soy el hijo más amante  
de tus campos queridos,

y para hacer esta canción honrada  
que el alma me pidiera  
he dejado un momento abandonada  
mi tosca podadera...

## Invitación

Señores de la ciudad:  
si ella admite en su grandeza  
vientos de sinceridad,  
ruidos de Naturaleza  
y aromas de soledad;

si en vuestros breves vagares  
merecen entreteneros  
las coplas y los cantares  
de oscuros, pero sinceros,  
rimadores populares,

cerrad los ojos expertos  
al artificio ingenioso  
y oíd sus rudos conciertos  
con los sentidos abiertos  
del percibir vigoroso.

Cabe la misma espesura  
donde ha soltado Natura  
su coro de ruiseñores,  
puso una legión oscura  
de más sencillos cantores.

Y no es artista el sentido  
que, por sencillos y tantos,  
desprécialos, distraído:  
¡algo dirán esos cantos  
al alma si no al oído!

Algo tendrá todo ardiente  
pecho que así se derrama;  
que en el concierto viviente  
todo lo que canta siente;  
todo lo que siente, ama.

Y es el amor cosa tal  
que todo amor es hermoso,  
vibre en un alma inmortal  
o en el pechuelo fogoso  
del ave del matorral.

Y es el cantar una cosa  
tan hija de este sentir,  
que para el alma amorosa  
toda canción es hermosa  
si quiere amores decir.

Señores de la ciudad:  
los del cerebro cansado,  
que aun corre tras la verdad;  
los del ingenio aguzado  
que inventa la novedad...

Si frívolos y ligeros,

cual sus artificios ruines,  
no os parecen ya sinceros  
esos de vuestros jardines  
ruiseñores prisioneros,

¡venid al campo a escuchar  
a otros sencillos cantores  
que os pueden acaso dar  
algo más que los primores  
de un ingenioso cantar!

¡Subid, siquiera, a la altura  
de esas torres elevadas,  
a ver si la brisa pura  
lleva del campo tonadas  
de las que enseña Natura!

¡Y aunque el ingenio las mida  
y arguya que no son bellas,  
probad su savia escondida,  
sentid con ellas la vida  
y haced el arte con ellas!

Señores de la ciudad:  
si henchir queréis de verdad  
el mundo de la belleza,  
dejadle a Naturaleza  
su centro de majestad.

#### Surco arriba y surco abajo

Araba el tío Roque  
con su yunta de dóciles vacas:  
con la Triguera,  
con la Temeraria.  
Y conforme la reja iba hendiendo  
la tierra esponjada,  
que al calor y a la luz descubría  
las frescas entrañas,  
el secreto pensar del tío Roque,  
que el silencio en *redor* barruntaba  
por imán de silencio arrancado  
del fondo del alma,  
a esparcirse sin miedo salía  
de la cárcel estrecha en que estaba,  
y en las alas de un aire de otoño  
se cernía con estas palabras:  
¡Vuelve, Triguera!  
¡Vuelve, Temeraria!

Si la *mesma* canción de otros años  
hogaño nos pasa,  
di que nos avía  
la miaja senara.  
Ca vez más señora  
te se pone la tierra y más mala.  
No te sirve que le echas simiente

como chochos de gorda y de blanca,  
ni que en piedra *lipiz*  
gastes las pestañas,  
ni que rompas, y bines y tercies,  
y les des *aricá* bien temprana.  
*Cuasi* con comuelgo  
seis fanegas o siete derramas  
y te dan veintinueve raídas,  
que ni *cuasi* el trabajo le sacas.

Y esto es echar uno  
las cuentas galanas,  
porque si una pedrea te viene,  
que no son muy ralas,  
ni siquiera te deja un *pajuco*  
*pa* sacar del invierno las vacas,  
*¡cuanti* más un chocho  
*pa* meter en casa!  
Y *entá* no es lo malo  
que no cojas nada,  
porque en un apurón, *hate* cuenta  
que un invierno... en la cárcel se pasa;  
pero, amigo, te afronta con pagos  
porque, claro, que no tienes cara  
*pa* cuadrarte y decir que lo debes...  
pero no lo pagas...  
y lo cual es mejor no decirlo,  
pues no habiendo vergüenza, no hay nada  
*¡Vuelve, Triguera!*  
*¡Vuelve, Temeraria!*

Porque no es el decir de que digas  
que no aguantas ancas,  
y que te rebelas,  
u que te *aperrangas*,  
porque en viéndote ya *mancornao*  
te quiten la carga  
Es que ya no puedes el *dir* más *alante*  
porque *cuasi* el aliento te falta,  
porque viene de atrás la flojera,  
porque no puedes ya con las rastras...  
*¡Vuelve, Triguera!*  
*¡Vuelve, Temeraria!*

Si pintaran dos años arreo,  
pues *entá* se tapaban las faltas  
y el perro que hogaño  
nos dio la senara.  
Yo *cuasi* que tengo  
como confianza,  
porque *entá* no creí que venían  
las primeras aguas  
y la tierra con ellas se ha puesto  
amorosa que gusta el ararla,  
de modo y manera  
que la cosa no empieza tan mala.

Y no miento ahora  
los runrunes continuos que andan

de que el rey *mesmamente* en persona  
viene a Salamanca,  
que no es mala seña  
si tampoco falla...  
¡Vuelve, Triguera!  
¡Vuelve, Temeraria!

Yo no sé, pero yo me *magino*  
de que el rey no vendrá a ver la Plaza,  
que en el *mesmo* Madrid habrá muchas,  
no agraviando a la nuestra, tan guapas.

Me *magino* de que él no se fia  
y que viene a *oservar* lo que pasa,  
porque hacienda en poder de criaos  
se la lleva en un verbo a la trampa.  
Me *magino* que viene a enterarse  
de si tiras *p'álante u* atrasas,  
de si siembras, u comes, o ayunas,  
u pierdes u ganas.  
De modo y manera  
que en queriendo fijarse una *miaja*,  
se ha de *dir* al Palacio *enterao*  
de *má* e cuatro lástimas,  
que, si a mano viene,  
podrá remediártelas,  
u quisiera poner los posibles,  
que en *pusiéndolos* bien no te fallan...

Yo no sé; pero yo me *magino*  
de que el rey no vendrá a ver la Plaza.  
Y si sólo la Plaza le enseñan  
los de Salamanca...  
¡Para, Triguera!  
¡Tente, Temeraria!

A su majestad el Rey

Señor: No soy un juglar;  
soy un sincero cantor  
del castellano solar.  
Canto el alma popular;  
no tengo nombre, señor.

Por eso, porque un oscuro,  
porque un sincero es quien canta  
y no un cortesano impuro,  
oiréis el de mi garganta  
canto llano, pobre y duro.

Más placera a vuestro oído  
el débil trinar sentido  
del pájaro del erial  
que el resonante graznido  
del hueco pavo real.

Señor: si en ese sagrado

solar de español sentir  
han ante vos ocultado  
con luz de vivir dorado  
sombras de negro vivir,

mintió la vieja embustera  
que llaman cortesanía...  
¡Mejor a su rey sirviera  
si, en bien de la Patria mía,  
verdad a su rey dijera!

No sé con reyes hablar;  
mas, bien podréis perdonar  
que yo platique con vos  
tal como en son de rezar  
platico de esto con Dios.

Estáme la fe enseñando  
y estáme el amor diciendo  
que todo se torna blando  
a nuestro Dios invocando  
y a nuestro rey requiriendo.

Que Dios corona a los reyes  
para que a mundos mejores  
lleven innúmeras greyes,  
mejor que atadas con leyes,  
seltas en cursos de amores.

Señor: en tierras hermanas  
de estas tierras castellanias,  
no viven vida de humanos  
nuestros míseros hermanos  
de las montañas jurdanas.

Señor: no oigáis las canciones  
de las doradas sirenas,  
que solo cantan ficciones...  
¡Los más grandes corazones  
son los que arrostran más penas!

Dolor de cuantos los vieren,  
mentís de los que mintieren,  
aquí los parias están...  
De hambre del alma se mueren,  
se mueren de hambre de pan.

Hasta este monte eminente  
donde rimo mis cantares  
sube famélica gente  
que mis modestos manjares  
devora violentamente...

Tanta pena he contemplado  
que unas veces he llorado  
con llanto de compasión,  
y otras mi voz han velado  
gemidos de indignación.

Porque infama la negrura  
de la siniestra figura  
de hombres que hundidos están  
en un sopor de incultura  
con fiebre de hambre de pan.

Limosna de un rey cristiano  
es manantial soberano  
de grande consolación...  
Mas nunca llega la mano  
donde llega el corazón.

La Patria es madre amorosa  
que hace milagros de amores...  
¡Tienda una mano piadosa  
que disipe los horrores  
de esta visión afrentosa!

Señor: no soy un juglar.  
Yo nunca rimo un cantar  
si no me lo pide amor.  
La Patria me hizo vibrar...  
¡Patria sois también, señor!

Brindis

Mi pobre prosa rimada  
no podrá deciros nada  
que suene a cosa asombrosa:  
esto será una charrada;  
no puede ser otra cosa.

No abráis el avaro oído  
creyendo que raro y bueno  
manjar de allende he traído,  
que yo jamás me he nutrido  
con pan de terruño ajeno.

Pienso que el nuestro es fecundo,  
como todo lo español.  
Pienso que no hay en el mundo  
grano que arraigue profundo  
debajo de extraño sol.

Por algo Natura cría  
ventiscares en la sierra  
y alamedas en la umbría:  
por algo hay quien moriría  
si no viviera en su tierra.

En ella y a vuestro lado  
fuera tremendo pecado  
cantar en música extraña  
que de frente o que de lado  
no venga a decir: ¡España!

Más todavía: ¡Castilla!;

todavía más: ¡Salamanca!,  
y aún más: la pobre aldeilla,  
la limpia casita blanca,  
la cuna, la paz sencilla...

Si el molde parece estrecho  
de mi canción natural,  
decidlo a Aquel que me ha hecho  
pajarillo del barbecho  
y no lorito real.

Naturaleza ha querido  
que cada ser dé una nota  
viva un campo y tenga un nido:  
orden sabio y bien sentido  
que sólo el cuco alborota,

pues tiene la mala maña  
de que los huevos que pone  
se incuben en casa extraña.  
¡Pecado igual Dios perdona  
a muchos hombres de España!

Si a la selva tenebrosa  
fuese la alondra armoniosa,  
no supiera entre el ramaje  
dar la nota misteriosa  
del silencio del bosque.

Y si al barbecho viniera  
cotorra exótica y rara  
cantando la sementera,  
ni el ave la interpretara,  
ni el labriego la sintiera.

¿Quién da la nota del río  
mejor que el mirlo sombrío  
nacido entre sus mimbrales?  
¿Quién canta los majadales  
como el cárabo bravío?

¿Quién da la visión entera  
de carrascosa ladera  
como la perdiz bizarra?  
¿Quién mejor que la chicharra  
canta las mies en la era?

¿Suenan bien en los jarales  
músicas de colorines?  
Silbos de águilas reales,  
¿nos dirán en los jardines  
lo mismo que en los canchales?

Y el ronco graznido duro  
de deforme buitre impuro,  
¿cómo podrá matizar  
el divino claroscuro  
de la paz del olivar?

Cantemos nuestra tonada,  
la genuina, la sincera:  
tú, ruiñeñor, la alborada;  
tú, alondra, la barbechera,  
y yo, charro, la charrada.

A sus típicos primores,  
tan rudos como bizarros,  
hoy daré finos colores,  
porque la canto entre charros  
disfrazados de señores.

Que quepan en ella quiero  
la aldeilla y la ciudad,  
ambas con vivir entero,  
que es en aquella el granero  
y aquí la Universidad.

Aquél da al cuerpo vigores,  
ésta da al alma ideales...  
Sudor de mil labradores  
y saber de cien doctores,  
son dos tesoros iguales.

Dice la Escuela: «Yo un día  
fui madre y templo sagrado  
de toda sabiduría.  
Jamás numerar podría  
los hijos que he amamantado.

Del seno de que nacieron  
saberes hondos bebieron  
disueltos en fe de Cristo.  
Honor los hijos me hicieron,  
grande los siglos me han visto.

Fui fragua del pensamiento,  
yunque del entendimiento,  
levadura de la vida,  
brújula en mar turbulento,  
sol de la Patria querida.

Sol cuya rica influencia  
bajó sobre la opulencia  
de los troncos y fue ley,  
que el alcázar de la Ciencia  
más alto está que el del rey.

Ahora, lacrimosos coros  
me afligen con tristes lloros  
diciéndome que soy ruinas,  
que soy hueco de tesoros,  
jirón de edades divinas,

sombra augusta y venerable,  
muerta gloria inolvidable,  
vieja majestad caída,  
triste membranza adorable,  
puesta de sol dolorida...

Y me suenan esos trenos  
a quejidos de hijos buenos,  
mas, ¡ay!, que también me suenan  
a estériles falsos truenos  
que el viento de ruidos llenan.

Algo lloran que es verdad.  
Vinieron tiempos tiranos  
que al grito de libertad  
encadenaron las manos  
de esta pobre majestad.

Y adiós trono, centro y manto,  
y adiós oro y esplendores,  
¡mucho grande y mucho santo!  
¡Mas no los santos amores  
de los hijos que amamanto!

No el pan de su inteligencia  
ni la luz de su conciencia,  
porque yo siempre seré  
el alcázar de la Ciencia  
y el castillo de la Fe.

Si reina fuese, mi suerte  
rodara por rumbos fijos  
que van a dar a la muerte  
No soy reina; soy más fuerte:  
¡soy madre de muchos hijos!

¡Hijos!, os pido un mañana  
como el ayer que gocé,  
¿será mi súplica vana?  
¡Oh, no!, cuanto más anciana.  
más madre os pareceré...»

Dice el granero al gañán:  
«Yo soy tu rico tesoro,  
soy el sudor de tu afán,  
sudor que ha cuajado en oro  
y oro que luego soy pan.

El pan de la esposa buena  
que esotro cuarto vecino  
con celo de hormiga llena  
de blandos copos de lino  
que en lienzo de nieve ordena.

El pan de tus tres mozones,  
enhiesto como negrillos,  
alegres como esquilonos,  
dóciles como chiquillos  
y fuertes como leones.

El pan de tus dos mozuelas,  
sus cintas de oro y alpaca,  
sus dengues y lentejuelas,  
sus cruces de Alcaravaca,

sus hilos y sus chinelas.

Y el pan del hijo mayor,  
que es pan blanco de ciudad,  
como que es para un señor  
que pronto será doctor  
de nuestra Universidad.

Labrador que vas arando,  
mete la reja más honda,  
que el filón se va agotando,  
y el tiempo viene apurando  
y el oro es de quien ahonda.

De este modo tan sincero  
y en este sentido amante,  
nos hablan lenguaje entero  
a mí, labriego, el granero,  
y a ti, la Escuela, estudiante.

Son la Patria en la indigencia.  
¿Qué pide a nuestra conciencia?  
Espigas de un mismo haz:  
que tú les des gloria y ciencia.  
Que yo les dé trigo y paz.

¡Gracias a todos, señores!  
De esta rica convidada  
llevo en el alma sabores  
que yo no comparo a nada...  
¡He comido pan de amores!...

Y no hay deleites humanos  
ni más grandes ni más sanos  
que estos que son mi ideal:  
pan de trigo candeal  
comido en paz y entre hermanos.

Entre hermanos, sí, señores,  
que aunque vos, señor rector,  
de quien son estos honores,  
tengáis muy lejos amores  
que hermanos son de este amor,

yo tengo a otro amor sujeto  
mi corazón de cristiano,  
un corazón que, discreto,  
os llama sabio en secreto  
y en público os llama, hermano.

¡Adiós! ¡Hasta la primera!  
Gente que estudia o que ara,  
debe ser poco fiestera.  
Yo me voy a mi senara,  
que estamos en sementera.

De ronda

## I

Al pardear se encontraron  
y hablaron estas palabras:  
-¿Ande vas?  
-Voy al casillo.  
-¿No sales luego una miaja?  
-Daremos un cacho vuelta  
cuantis que apaje las vacas.  
Me faltan cuatro posturas.  
-Pues yo voy a darles agua.  
-¿Al río?  
-No, al Mullaero.  
-Pues bien mala está esa charca.  
Y los mozos se apartaron  
sin decirse más palabras.

## II

Era una noche de enero  
muy fría, serena y clara:  
noche de muchas estrellas  
y pocos ruidos. Helaba.  
Cuatro mozos embozados  
en sus anguarinas pardas  
platican, y no de amores,  
en la mitad de la plaza:  
-¿Qué andáis haciendo estos días?  
-Pues hate cuenta que nada:  
arrecogiendo buñicas  
en los praos; mi padre, en casa.  
Y vusotros, ¿ánde andáis?  
-Hiciendo también la engaña:  
hoy, a por unos carrascos  
pa masar. La otra semana  
no nos vagó dir a ellos  
y derrotemos más támbaras...  
-Y tú, Juan, ¿andas a istierco?  
-No, maldito: ya no hay nada.  
cuasi de viga derecha  
to el día. Pasó mañana  
habrá que echarlo al molino  
con garrobas pa las vacas,  
y el desotro a por adobes  
pa gobernar una miaja  
las tenás del otro barrio...  
-¡Chachos, qué noche tan rasa!...  
No se barrunta una mosca.  
-No, pues anca de Luciana  
buena zorita traían  
cuando yo salí de casa  
-Hay baile.  
-¿De pandereta?  
-¡Quia, de badil!  
¿Quién cantaba?  
-Pues por un lao parecía  
Quica, y por otro Colasa.

-¡Son tan autás!...  
-¿Y de mozos?  
-Cuatro chavalillos..., nada.  
-¡Chico, pai han jijao!  
-Esos serán los Pardalas  
que salen de anca de Petra...  
¡Callaros a ver si cantan!...  
-Ellos son, hombre, no escuches,  
¡si han jijeao!...  
¡Coine, calla!  
¡Tú jijea y que hablen ellos!  
-¡Ay jijí!...  
-¿Quién vive?  
-¡España!  
-Buenas noches.  
-Buenas noches.  
-Y frescas. ¿De qué se trata?  
-Pues decían que esta noche  
iba a hacer baile Luciana  
porque iba a venir a ella  
un mozo de Matamala,  
que dice que gasta ponche  
y que toca la dulzaina.  
-Pues lo del mozo es mentira,  
porque han ido anca Luciana  
tres veces los mayordomos  
a cobrar el vino y... ¡nada!  
Lo que hay es baile.  
-Pues vamos.  
-¡Si es de badil!  
-¿Y qué? ¡Hala!  
-¡Muchachos, la toná nueva!  
-¡Los que la cojáis, echaila!...

### III

Y abriendo mucho las bocas,  
llegaron anca Luciana.  
Cerrada estaba la puerta,  
la casa en silencio estaba,  
porque su gente tenía  
que masar muy de mañana  
y no madruga la gente  
si las veladas son largas.  
Calle abajo, calle abajo  
la ronda siguió su marcha  
y no dejó aquella noche  
calleja no paseada,  
ventanillo no atisbado,  
gato que no apedreara,  
perro echado, charco lleno  
y estrella no contemplada.  
-¡Chachos, debemos de dirnos,  
si sos parece, a la cama;  
que antes que nos percatemos  
la gente vieja reballa.  
Si no, mirai las cabrillas  
por ánde van ya.

-Pues anda,  
que yo que tengo en el cinto  
la llave pa entrar en casa...  
¡Huy, Dios, como me barrunten,  
verás mi madre mañana!  
-Pues, chicos, yo no me acuesto;  
me voy a apajar las vacas  
cuantís me quite esta ropa  
pa dir temprano a por tãmbaras,  
-Y a mí me dijo mi madre  
que a cepas, chico, ¡pues anda,  
que voy a tener un cuerpo  
pa rozar!... ¡Huy qué galbana!  
-Pues yo, galán, a buñicas...  
-Y yo a calentar el agua  
pa masar.  
-Y yo al mercao.  
-Y yo a piedra.  
-Y yo a las cabras.  
Conque, muchachos, que es hora:  
¡cada uno pa su casa!  
Y el grupo de rondadores  
se abrió como una granada.

#### IV

Al poco rato la aldea  
muerta del todo quedaba;  
la alborada aún no venía,  
declinó la luna blanca,  
relucían las estrellas,  
iba en aumento la helada,  
el suelo se endurecía,  
los tejados blanqueaban...